

“El segundo modo consiste en escoger dos ó tres pasajes del Evangelio relativos á una virtud ó á un vicio, tratarlos uno despues de otro y desenvolverlos en el sentido mas propio para llenar los objetos de la predicacion.

“El tercer modo, es explicar en el primer punto todo el Evangelio del dia, y deducir en el segundo las consecuencias morales y prácticas que resultan de la exposicion: este es el método de San Juan Crisóstomo.

“El cuarto modo, es explicar todas las frases del Evangelio, y sacar de cada una de ellas, á medida que se van explicando, los afectos y moralidades correspondientes. Cambiando así de materia casi en cada versículo, se tiene ocasion de atacar muchos vicios, enseñar muchas virtudes, recomendar muchas prácticas provechosas; y esta variedad hace que cada uno encuentre en la instruccion un socorro á sus necesidades, un remedio á sus miserias. Mas este método tiene por otra parte un grave inconveniente, y es, que queriendo explicarlo todo, es difícil profundizar nada, y mas todavía sacudir con fuerza la conciencia y mover los corazones.

“Los modelos mas perfectos de homilias entre los Padres latinos son San Ambrosio y San Gregorio el grande, y entre los Padres griegos San Juan Crisóstomo sobre San Mateo. En este último Padre la homilia tiene toda la fuerza, toda la grandeza, toda la sublimidad de un discurso elevado. Hallanse aqui tiradas elocuentes que arrebatan, retratos del corazon humano llenos de verdad, pinturas del vicio, de las costumbres y de los escándalos de su siglo, donde se admira todo el zelo de un hombre apostólico; en fin un estilo noble, elevado, brillante ingenioso, vehemente que trasporta y arrebatá á los lectores.”<sup>1</sup>

Tales son, no dirémos las reglas, sino mas bien las observaciones generales que podemos hacer á propósito de las homilias, para guiar el criterio en este género de predicacion. Mas á los lectores que deseen una instruccion completa sobre el particular, los remitirémos á la obra ya citada de Audizio en la segunda parte, lecciones 11, 12 y 13.

<sup>1</sup> HAMON. Traité de la prédication, liv. deux. deux part. chap. III.

## CAPÍTULO CUARTO.

DE LOS SERMONES DOGMÁTICOS.

Entiéndese por *sermon* un discurso sagrado en que se trata de persuadir la virtud y apartar del vicio, uniendo á las verdades dogmáticas las máximas morales y los ejemplos ilustres, todos aquellos medios de persuadir que tiene la elocuencia para ganar el corazon. Distingúense entre sí los sermones por su materia principal. En unos esta es principalmente el dogma, en otros lo es la moral; en otros la vida de los santos; en otros la muerte de los grandes hombres. Los primeros se llaman simplemente *misterios*, los segundos *sermones morales*, los terceros, *panegiricos sagrados*; los cuartos *oraciones fúnebres religiosas*. Hemos agregado el título de *morales* á los sermones para reducir el género á una especie; el de *sagrados* á los panegiricos y el de *religiosas* á las oraciones fúnebres, para no confundir estas dos clases de predicacion con los géneros profanos que siempre han llevado el mismo nombre.

Supuesta esta clasificacion, hablaremos aqui de los misterios ó sermones dogmáticos, reservando para los capítulos siguientes las demas especies como lo tenemos indicado desde la introduccion á este artículo.

Comenzemos por fijar las diferencias reales que hai entre esta especie de predicacion y las otras con que pudiera confundirse. Llamándose dogmáticos, es necesario distinguirlos de los demas discursos que llevan este mismo nombre: llamándose sermones, es preciso distinguirlos de los morales.

Distingúense los sermones dogmáticos de los discursos dogmáticos, primero, en que estos se extienden á todas las verdades consagradas por la religion, mientras aquellos se limitan de ordinario á los misterios; segundo, en que los discursos dogmáticos tienden inmediata y directamente á ilustrar y convencer, al paso que los sermones dogmáticos van siempre derechos al corazon, con el objeto de persuadir y mover.

Distingúense tambien de los sermones morales, primero, en que la materia principal es la verdad moral en estos, mientras en aquellos lo es el misterio; segundo, en que en los sermones dogmáticos la persuasion práctica figura como



un resultado artístico, digámoslo así; mientras en los sermones morales figura como un objeto directo y natural, porque su fondo y su forma están en las máximas y en las costumbres.

Esto supuesto, hablaremos aquí del modo con que ha de tratarse, primero, de las verdades cristianas en general; segundo, de los misterios en particular; tercero, del objeto práctico del sermón dogmático relativamente al misterio; cuarto, del mismo objeto práctico relativamente al auditorio.

### § I.

#### DE LAS VERDADES CRISTIANAS EN GENERAL.

Tres maneras hai de tratarlas en el púlpito: primera, exhibir las pruebas que manifiestan su certidumbre; segunda, explicarlas con sencillez al pueblo que las profesa; tercera, aplicarlas á la conducta práctica del hombre. Sobre lo primero hablamos ya en el capítulo segundo; sobre lo segundo en el capítulo primero; sobre lo tercero hablaremos ahora.

Pero de todos modos es necesario que el orador tenga entendido que su discurso está sujeto á reglas muy necesarias, prescritas por la misma naturaleza, objeto y destinos de las altas verdades que propone. Esto supuesto extractaremos las siguientes de una obra ya citada.

**PRIMERA.** El predicador al tocar en auditorios católicos estas verdades, nunca debe suponer que en ellos haya quien las niegue o dude, porque esta precaucion imprudente traería resultados contrarios al intento, llevando el escándalo y cuando ménos la turbacion á las almas sencillas y á las conciencias timoratas.

**SEGUNDA.** En consecuencia no debe anunciar clara y directamente á su auditorio que se propone probar estas verdades: porque la fe no pide pruebas sino explicaciones, ilustraciones y aplicaciones edificantes. Así es que aun cuando de hecho el orador quiera demostrar, lo ha de hacer con cierto artificio, de manera que el auditorio se encuentre con la prueba como á mayor abundamiento, ó como una cosa íntimamente unida con la persuasion.

**TERCERA.** Por lo mismo el desarrollo y exposicion de la verdad que se establece, no debe presentar el aparato de la argumentacion, ni mucho ménos aparecer bajo la forma de la controversia.

**CUARTA.** Debe ser el predicador muy severo en la elec-

cion de las pruebas, muy lógico en su desarrollo, muy claro en su exposicion: lo primero para que una causa buena no se lastime con una defensa débil; lo segundo para que la fuerza progresiva de los argumentos oratorios no desaparezca en su dislocacion é incoherencia, y lo tercero para que el auditorio comprenda un discurso hecho para él.

**QUINTA.** No debe proponerse directamente, ni aun suponer existentes de un modo expreso, algunas objeciones contra la verdad que trata; sino resolverlas en las mismas explicaciones que dé.

**SEXTA.** Debe presentar sus pruebas de una manera digna, interesante, verdaderamente oratoria; haciendo resplandecer no solamente la verdad, sino tambien la hermosura, la magestad y la santidad de la doctrina que predica.

**SÉTIMA.** Si por las circunstancias ha menester de aludir á los incrédulos, debe templar la fuerza del zelo con la insinuante dulzura de la caridad.

**OCTAVA.** Despues de haber expuesto sus pruebas debe sembrar la virtud en el corazon, moviéndole á las prácticas de una vida verdaderamente cristiana.

**NOVENA.** Debe mostrarse altamente respetuoso ante las ideas de Dios, sumamente arrastrado á su amor por la consideracion de su amabilidad y su bondad infinita; dar un carácter práctico á su pensamiento, haciendo que las perfecciones de Dios figuren como un objeto de imitacion para el hombre, y procurando que estas ideas especulativas encarnen, digámoslo así, en el corazon del auditorio.

### § II.

#### DE LOS MISTERIOS EN PARTICULAR.

Entiéndense por misterios esas verdades reveladas por Dios é inaccesibles á la capacidad humana, verdades que conocemos por la fe, y nunca descubriríamos con solo el auxilio de la razon: verdades acerca de las que tenemos una inteligencia proporcionada siempre á los designios con que se nos han revelado, pero cuya totalidad y fondo somos incapaces de comprender.

Los misterios principales se refieren: unos á la sola divinidad; otros á la divinidad hipostáticamente unida con la humanidad de nuestro Señor Jesucristo; otros, por último, á la maternidad singular y divina de María Santísima. El misterio de la Santísima Trinidad en todas sus ramificaciones corres-



ponde á la primera; el de la Encarnacion, Nacimiento, Circuncision, Pasion, Resurreccion, Ascencion y presencia eucarística de nuestro Señor Jesucristo tocan á la segunda: la concepcion inmaculada, la Natividad gloriosa, la Anunciacion angélica, la Asuncion de María Santísima, y por concomitancia inmediata cuanto ella practicó por inspiracion divina, como su presentacion al templo, su visitacion, su purificacion &c., están colocados en la tercera.

La predicacion de estas verdades y de estos hechos misteriosos es una fuente perenne de luz, de fuerza y de amor entre los que profesan el cristianismo. Todos estos misterios forman, digámoslo así, la creencia sublime de nuestras relaciones con el cielo. Estos grandes hechos son como unos eminentes puntos de perspectiva en la historia general del mundo, bajo sus relaciones morales y providenciales. "Estos misterios son el alimento mas sólido y mas útil de la piedad cristiana: constituyen el fondo y vienen á ser como la sustancia misma de toda la religion; porque no se la conoce bien sino á medida que crece la inteligencia de aquellos. Hablan al corazon, le inflaman, le abrasan; le piden sacrificios, le enseñan todas las virtudes, le muestran todos sus deberes, y vienen á ser para él en cierto modo irresistibles. La moral que el predicador deduce de ellos es siempre natural, porque cada uno siente que las costumbres deben ser conformes á la creencia."<sup>1</sup>

La santa Iglesia, con solo el hecho de consagrar en sus festividades estos grandes misterios, ha querido dar una leccion á los ministros de la palabra divina. Estos por lo mismo están obligados á predicar sobre los misterios, pues de otra manera su predicacion no caminaría de concierto con el espíritu sapientísimo y santo de nuestra madre la Iglesia.

Para tratar dignamente de los misterios es necesario hacerlos conocer; pero esto es objeto de las instrucciones doctrinales. En ellas el orador debe explicar lo exterior y lo interior de cada misterio, esto es, lo que manifiesta y lo que contiene, hasta donde lo permite su carácter y nuestro entendimiento: debe personalizarlos en Dios, Jesucristo Dios y hombre verdadero, y la Santísima Virgen María segun el misterio de que se trate, relacionándolo todo con la naturaleza y espíritu del primero; con la mision, vida, muerte, &c. del segundo, y con la vida inmaculada y edificante de la tercera. Por último debe hacer sensible al auditorio cuánto se interesa en la existencia, profesion y culto de estos

<sup>1</sup> HAMON. Obra citada. Deux. liv., prem. part., chap. II.

misterios adorables, la gloria de Dios y la felicidad del hombre.

Pero el principal objeto que se propone el predicador al tratar de estos misterios en un sermón es hacerlos honrar de los fieles, distribuir entre ellos las gracias que le son propias. Ambas cosas constituyen un objeto práctico: la primera relativamente al misterio; la segunda relativamente al auditorio.

En cuanto á lo primero, es necesario que el predicador, no contento con ilustrar, excite con viveza los sentimientos de su auditorio para honrar, venerar, reconocer y amar á Dios en sus misterios. Estos sentimientos diversos son el reconocimiento por las gracias que el misterio nos dispensa; el amor por la bondad que entraña esta dispensacion; la admiracion y alabanza por la grandeza, el poder y la sabiduria que en tan altos misterios resplandecen; el respeto y la veneracion por la excelencia del misterio mismo; el deseo y propósito firme de mejorar de vida y adelantar en la perfeccion, para hacerse digno de una revelacion tan sublime; y por último, la alegría ó el dolor, segun el carácter propio del misterio.

Cuando el predicador, atento siempre al objeto práctico, se empeña por suscitar en el corazon estos afectos tan puros y tan santos, es preciso que sea elocuente y edificante. Porque en efecto, ¿qué cosa mas á propósito para imprimir al discurso ese carácter persuasivo de la verdadera elocuencia que el reconocimiento, la admiracion, el amor en una region tan elevada? ¿Y qué cosa mas fecunda en eso que se llama *union*, que la union del alma con su Dios, contemplando, admirando, reconociendo, alabando y amando sus misterios adorables?

Pero no basta despertar con viveza estos afectos; ni Dios se contenta con solo ellos, ni la humanidad se remedia con estériles contemplaciones. Es necesario hacer entender á los oyentes que cada misterio y cada solemnidad entraña una gracia positiva, y esta gracia exige para su dispensacion ciertas obras en el auditorio. Es pues indispensable que la predicacion vaya encaminada por último á la produccion de los actos positivos de virtud, á la fecundidad de las gracias unidas á los misterios y aprovechada por el auditorio.

Estas gracias son generales unas y comunes á todos los misterios, y particulares otras y relativas á cada misterio en particular.

En cuanto á las primeras, debe el predicador hacer notar las lecciones de virtud y perfeccion que en sí contiene y en-



cierra lo exterior é interior de este misterio; advertir al auditorio que la Iglesia, consagrando estos misterios en sus solemnidades, ha querido que aquellas lecciones se reduzcan á la práctica, y exhortarle, por último, á escuchar con provecho la palabra divina dedicándose desde luego á practicar estas lecciones. Es también muy provechoso iniciar al auditorio en todos los caminos del misterio, desde su principio. Así por ejemplo, hablando de Jesucristo, debe manifestarse crucificado, muerto, sepultado y después resucitado, para que el auditorio, viendo cómo no hai salvación fuera de Jesucristo, se empeñe en imitarle crucificándose en la penitencia, haciendo morir sus pasiones, sepultando sus vicios, para que pueda resuscitar con Jesucristo á la vida de la virtud y de la gracia. Tal era la marcha de la elocuencia apostólica. San Pablo no habla de la resurrección de su divino Maestro sin clamar por la de sus hermanos: quiere que el sepulcro que abrió Jesucristo para resucitar, sea la señal convenida para que todo verdadero cristiano, dando de mano á lo terreno y transitorio, se eleve á lo celestial y eterno permaneciendo en esa resurrección moral de la muerte por la culpa á la vida de la gracia.

Además de las gracias generales, hai algunas especialísimas propias de cada misterio. El del Nacimiento del Mesías trae la gracia de la infancia espiritual, esta condición de vida eterna que con tanto zelo predicaba Jesucristo: el de la Epifanía trae la gracia de la pronta, valiente y perseverante correspondencia del espíritu á la gracia que nos invita y previene, sirviéndonos á nosotros como de una estrella brillante que nos conduce á Jesucristo: el misterio de la Pasión produce la de la paciencia en los trabajos, y la del ánimo y esfuerzo para sacrificar nuestras inclinaciones perversas en las aras del amor divino: el misterio de la Resurrección predica la vida nueva, espiritual é interior de una alma que se convierte: el de la Ascension nos da una idea suficiente de cómo la gracia de Dios eleva nuestros deseos al cielo, atrae hasta Dios á una unión perfectísima las almas redimidas con la sangre de Jesucristo.

### § III.

#### CONCLUSION.

Para obtener los mejores resultados en la predicación de los misterios, es preciso adaptar el método á la importancia suma del objeto. Hai varias maneras de predicar sobre es-

tos puntos. “La primera, como juiciosamente observa el sabio Hamon, es tratar en el primer punto la doctrina del misterio, y mostrar en el segundo el fruto que de él ha de sacarse. Conforme á este principio podría decirse: *excelencia y grandeza del misterio*, primer punto; *modo de honrar y aprovechar el misterio*, segundo punto; también podría decirse: *lo que Dios ha hecho por nosotros en este misterio*, primer punto; *lo que nosotros debemos hacer por Dios*, segundo punto.”

“La segunda manera es reunir en un mismo plan la doctrina y el fruto del misterio; v. g. *Jesus en el establo es para nosotros un bienhechor á quien debemos amar*, primer punto; *un doctor á quien debemos escuchar*, segundo punto; *un modelo que debemos imitar*, tercer punto.”<sup>1</sup>

No necesitamos de añadir lo que ya queda dicho en su lugar, que las instrucciones y la exhortación deben ser conformes al género; pues de una manera se instruye y exhorta en las pláticas doctrinales, de otra en las conferencias dogmáticas y de otra en los sermones sobre los misterios.

## CAPÍTULO QUINTO.

#### SERMONES MORALES.

Ya hemos dicho que los sermones morales tienen por objeto aplicar la moral á las costumbres, para combatir los vicios y excitar á la práctica de las virtudes. Los preceptos de Dios y de la Iglesia ya en su comprensión general, ya en sus relaciones particulares con cada uno de los estados de la vida, sirven al orador de principios para calificar las acciones humanas. Las inclinaciones diversas del corazón, las pasiones en todo su desarrollo, los vicios y las virtudes son los objetos diversos á que aplica todos los medios de la elocuencia. Como es un dogma cristiano, que la naturaleza nada puede sin la gracia, y esto se nos comunica con la administración de los santos sacramentos, los sermones morales se extienden por lo mismo hasta los sacramentos, pues que en ellos vienen á concurrir la gracia con la naturaleza para la extirpación de los vicios, el nacimiento, progresos y perfecciones de las virtudes.

Como todo esto es esencialmente práctico, como todo se versa en el sistema de las acciones, como todo interesa directamente á la voluntad, nada es tan propio como los sermones morales para dilatar la acción prodigiosa de la elocuencia

<sup>1</sup> HAMON. *Traité de la predication*. Ibid, art. 4.



cristiana. Y ninguno de los géneros de predicacion influye tanto y tan directamente como este sobre la moral de los individuos y de los pueblos. Veamos pues las advertencias que conviene hacer para el buen éxito de esta predicacion, contrayéndolas al fondo mas bien que á la forma. En efecto, no debemos pasar de aquí, pues acerca de la forma del plan, de su desarrollo, de la variedad de estilos, &c. &c. ya hemos dicho lo bastante.

Contrayéndonos pues dentro de los límites de nuestro objeto, hablaremos: en primer lugar, de los motivos que el orador ha de proponer; en segundo, de los medios que ha de aconsejar; en tercero, de la economía que debe observar en su predicacion; en cuarto, de la predicacion moral sobre los sacramentos; en quinto, del modo con que debe predicarse de la oracion; y por último, del carácter propio del convencimiento moral producido por la elocuencia.

## § I.

DE LOS MOTIVOS QUE EL ORADOR HA DE PROPONER.

Entiéndense por motivos las fuerzas motrices aplicadas á la voluntad contra las pasiones, los grandes estímulos del corazon en favor de la virtud. Cuál deba ser la fuerza de estos motivos, se conocerá fácilmente con solo atender á los obstáculos que deben superarse, á los obstáculos de las pasiones mismas. Es necesario detener su torrente que nos precipita hasta el abismo: es necesario regenerar el corazon, por explicarnos de esta suerte, y hacer brotar la virtud de entre los escombros de los vicios. Obran estos contra la felicidad con todo el poder pasivo, pero inmenso, digámoslo así, de los hábitos, que como se ha dicho muy bien, son una segunda naturaleza: es pues indispensable poner en juego resortes de un orden superior á la naturaleza humana, obrar sobre la tierra con todas las fuerzas del cielo. Para obtener un resultado favorable á los intereses de la virtud, el orador debe proponer por motivos los estímulos de la necesidad moral, los derechos imprescriptibles de la justicia, los beneficios y provechos que redundan al alma de la fiel observancia de la lei, la seguridad consiguiente á la paz con Dios mediante una conciencia pura, los goces inevitables con que brinda la virtud en medio de sus sacrificios á los dichosos que la practican, la gloria imperecedera que reserva Dios en el fondo de la eternidad para recompensar la

perseverancia en el bien, y por último, la posibilidad misma, la facilidad extrema con que el alma puede alcanzar esta ventura con solo mostrarse dócil á las inspiraciones de la gracia.

La lei de la naturaleza, grabada profundamente en el corazon humano; la lei divina escrita sobre las tablas de piedra y publicada en el nombre de Dios por el mas antiguo de los legisladores desde las cumbres del Sinaí, y reproducida en toda su plenitud, y tocando á su mas alta perfeccion por el ministerio de Jesucristo; las leyes eclesiásticas promulgadas para la observancia de aquellas; las mismas leyes humanas que los gobiernos bien constituidos han promulgado siempre en el sentido de la moral; las consecuencias deplorables que siguen á la ausencia de la virtud, ó á la presencia del vicio; la condicion esencial de cooperacion eficaz que la gracia pone á la naturaleza para favorecerla: he aquí las grandes ideas que vienen en socorro de la elocuencia, cuando trata de inculcar la necesidad y la justicia de la virtud.

Al mismo tenor puede discurrirse á propósito de los otros puntos, con solo meditar la lei de Dios, la accion de la gracia, la marcha de las pasiones y los elementos diversos de la virtud.

## § II.

DE LOS MEDIOS QUE HA DE ACONSEJAR EL PREDICADOR.

“De poco serviria el hacer conocer la suma importancia de una virtud, si no se procediese á enseñar al mismo tiempo su práctica. He aquí el porqué de los medios que debe proponer al mismo tiempo que inculcar la necesidad de la conversion. Estos medios son generales ó particulares, segun que se prestan á la adquisicion de todas las virtudes y extirpacion de todos los vicios, ó que se deducen á una sola cosa. La oracion, la frecuencia de los Sacramentos, las lecturas piadosas, el exámen diario, la reflexion continua, la fuga de las ocasiones, la prontitud de la resistencia, la mortificacion de la voluntad, la seria y frecuente meditacion de nuestro Señor Jesucristo, de las virtudes de los santos, &c. &c.: he aquí los medios generales que puede proponer el orador para estimular á su auditorio en el sentido de la virtud. Los medios particulares siguen siempre la razon del objeto á que se aplican, segun las circunstancias diversas, y siguen en su necesidad la razon individual de cada conciencia. Cada vicio tiene su virtud contraria, y por lo



mismo, al soberbio se deben aconsejar todas las prácticas de abnegacion; al avaro, la necesidad de la limosna y el despego de los bienes del mundo; al impúdico y lascivo, la fuga de las ocasiones, el recogimiento de los sentidos, la oracion fervorosa, la mortificacion corporal, &c. &c. De esta suerte, concurriendo los medios generales con los particulares en la predicacion segun la medida de la necesidad moral del auditorio, este quedará instruido, estimulado y prácticamente dirigido en el sentido de la virtud y contra el poder de las pasiones.

## § III.

DE LA ECONOMÍA CON QUE DEBE HACERSE LA PREDICACION MORAL.

Pocas reglas pueden darse sobre este punto, supuestas las que se han dado ya sobre la oratoria en general y la sagrada en particular tratándose de la economía del discurso, del plan y su desarrollo. Unicamente diremos, que en la particion oratoria de un sermón moral debe procurarse siempre que tengan cabida tres cosas; la nocion del vicio que se combate y de la virtud que le es contraria, los motivos que hai para abrazar esta, detestando aquel; y al mismo tiempo los medios que deben ponerse en práctica para conseguir tan importante resultado. Por lo demas, las lecturas de los buenos modelos, segun queda dicho ya, y mui particularmente las de Bossuet, Massillon y Bourdaloue, servirán al predicador incomparablemente mas que todas las reglas que al propósito pudieran darse. Sin embargo, no será fuera del caso advertir que entre los mandamientos de Dios, el sexto y el noveno presentan ciertas dificultades por la suma delicadeza de la materia. Es necesario pues, al tratar de la impureza, tomar aquellas precauciones y proceder con aquel tino que demanda la suma dificultad de edificar sin lastimar y sin mancharse. Es necesario recurrir á la oracion y usar de aquellas frases que, dando á entender la idea, dejen á salvo la limpieza y el decoro. Los padres de la Iglesia solian preferir el bello camino de encarecer y exaltar la virginidad y la continencia, para combatir el vicio que les es opuesto, sin describirle y aun sin tocarle. Además de este medio puede emplearse con buen éxito el de mostrar el vicio en sus efectos, en sus consecuencias, sin manifestarle con sus caracteres propios.

## § IV.

DE LA PREDICACION MORAL SOBRE LOS SACRAMENTOS.

Siendo los sacramentos de la Iglesia unos espirituales remedios que nos sanan y justifican, encierran cuanto mas puede interesar á todos aquellos que viven en el seno de la Iglesia católica. Son pues ellos una materia interesante, fecunda y eminentemente oratoria, constituyen un objeto á donde conviene que se dirija por último la accion de la palabra evangélica. Es preciso que el orador se esfuerce de continuo para atraer la multitud creyente á esas piscinas de salud, á esas fuentes de vida eterna que abrió Jesucristo en su Iglesia toda para la salvacion del género humano. Excelencia, necesidad y ventajas de sacramento, disposiciones con que debe recibirse, defectos que deben evitarse, obligaciones que impone, sentido propio de las ceremonias con que se confiere: tales son los puntos principales en que debe insistir el predicador, al tratar de los sacramentos. El ser ellos una institucion divina y un canal por donde corre la gracia de Jesucristo para inundar nuestras almas; los efectos divinos que se producen por la colacion de los sacramentos: he aquí una fuente de pruebas incontestables y de pensamientos elevadissimos para hacer sentir al auditorio la excelencia de todos y cada uno de los sacramentos. Estos, como ya se ve y en varios lugares de este libro lo tenemos dicho, constituyen por sí un requisito tan indispensable para que el hombre no se pierda, que basta mostrarlo así con los argumentos dogmáticos de la Santa Escritura y de la Iglesia, para dejar bien demostrada su necesidad al auditorio. La sola gracia que cada sacramento comunica, los efectos de esta gracia en el hombre moral, esas trasformaciones maravillosas que produce, esos heroes que forma, esos altares que ha erigido y erige á la santidad, ese predominio que arraiga en la parte mas noble de nuestro ser sobre todos los enemigos que se conjuran contra nuestra felicidad: ¡qué materia tan rica! ¡qué manantial tan fecundo de argumentos y pruebas, para hacer sensible al auditorio las ventajas de los sacramentos!

En cuanto á las disposiciones para recibirlos, bastaria que ellas estuviesen prescritas como requisitos indispensables, para que su sola enunciacion produjera todos sus efectos; pero además el orador puede fecundarse en esas disposicio-



nes mismas, pues cada una de ellas encierra una sublime lección dogmática y moral. Aunque todas estas cosas andan por los caminos de la revelación y de la gracia, que no pertenecen á la tierra; cada una tiene de por sí, una vez conocida, cierta lógica propia y concluyente; tiene un espíritu que al mismo tiempo convence, mueve y edifica. De esta suerte el predicador puede muy bien tratar de las disposiciones con que los sacramentos han de recibirse, obrando sobre su auditorio con las fuerzas combinadas de la lógica y del sentimiento.

Mas la predicación de los sacramentos entraña una especie de pacto del que los recibe con aquel en cuyo nombre se administran: recibiendo la gracia que comunica el sacramento, se aceptan las obligaciones que impone; y por lo mismo ellas deben entrar á la parte con los otros puntos en la materia de la predicación. Reconocimiento al beneficio, conservación é incremento del bien que se recibe, adhesión firme al cumplimiento mas perfecto de los deberes propios del sacramento: tales son los puntos que debe recorrer el predicador á este propósito.

Finalmente, la colación de los sacramentos se verifica con cierto aparato solemne y con arreglo á ciertas ceremonias prescritas por la Iglesia. Este ceremonial que la ignorancia desdeña no pocas veces, porque no le comprende; esta pompa litúrgica que distingue por todas partes las augustas instituciones del cristianismo, está llena de espíritu y de vida, encierra lecciones profundísimas de todo género, es esencialmente histórica y eminentemente moral. Todos los siglos parecen venir á recogerse á los piés del sacerdote católico cuando predica estas ceremonias sagradas en el desempeño de sus altas funciones. Desde la vestidura de lino que cae sobre los hombros del catecúmeno hasta las gotas de agua bendita que bajan á mezclarse con el polvo de los sepulcros, todo es altamente significativo, todo instruye, eleva, mueve, trasporta y santifica; y en consecuencia, todo entra en el círculo de la inmensa materia del predicador moral, principalmente acerca de los sacramentos.

### § V.

#### DEL MODO CON QUE DEBE PREDICARSE SOBRE LA ORACION

¿Qué cosa es orar?—“Levantar á Dios el alma, y pedirle mercedes;” responde nuestro manual catecismo. ¡Sublime lección de dogma y de moral! Ved aquí en cinco palabras

toda la moral del cristianismo, todo el espíritu de la Iglesia, su constitucion invisible y visible al mismo tiempo, la misteriosa fuente de luz y de fuerza que forma los sabios y los heroes del cristianismo, el vínculo permanente que conserva en activo comercio á la tierra con el cielo, el conducto para dirigirse á Dios y el secreto de la felicidad perfecta. “Pedid y recibiréis; buscad, y hallaréis; tocad, y se os abrirá;” he aquí lo que nos dejó dicho Aquel “por quien se han hecho todas las cosas y sin el cual nada se ha hecho de cuanto existe.” Aquel en quien todo lo podemos, y sin el cual nada podemos; Jesucristo, en suma, Dios y hombre verdadero, Jefe invisible de la Iglesia católica, Salvador del mundo y Glorificador de los santos.

Es visto pues, que la oración bien hecha es necesaria y suficiente para realizar la felicidad. Es necesaria, porque Dios ha querido que el hombre levante su espíritu hasta los oídos de su Magstad; es suficiente, porque ha prometido escuchar, atender y socorrer al que le pide. Colígese de aquí que la oración en los motivos que la impulsan, en el objeto que se propone y en las cualidades con que debe hacerse, es uno de los grandes objetos del predicador, porque es una necesidad universalísima para su auditorio, cualquiera que sea. Su necesidad por el culto de adoración que á Dios debemos, por haberla prescrito terminantemente Jesucristo, porque ella nos atrae la gracia, sin la cual nada podemos, y todos los otros bienes cuyo dueño y soberano dispensador es el mismo Dios: su eficacia, tan grande como la bondad y el poder de Aquel á quien se dirige; sus consuelos, que vienen á suavizar nuestras aflixiones, que derraman un bienestar sobre el espíritu, muy superior á todos los goces de la vida, y que producen una paz inefable, que nunca se goza fuera de la comunicacion con Dios: he aquí los motivos que el orador puede proponer para estimular á los fieles á la oración.

Mas predicando sobre la oración, la causa de Dios y los verdaderos intereses del alma le prescriben el deber estrechísimo de fijar con toda precision y exactitud el objeto de nuestras peticiones. Dios da todo lo que se le pide; pero cuando se le pide lo que conviene: llena de gracias al mundo; pero dejando intactos los dos grandes preceptos, que son la clave suprema de su lei; el amor de Dios y el del prójimo. Es pues necesario que el orador manifieste al auditorio, que sus peticiones, cuando van encaminadas á la eterna salud, serán atendidas siempre; pero las otras que giran tan solo en el círculo de las necesidades de la vida humana, se



nos negarán unas veces y se nos concederán otras, según los designios benéficos de la Providencia divina.

Finalmente, atento el predicador al objeto práctico de su discurso, debe garantir los resultados de la oracion, mostrando las condiciones y requisitos que debe tener, los cuales se reducen á cuatro; fe, humildad, confianza y perseverancia: porque es claro que una oracion á que concurran estas condiciones, producirá infaliblemente frutos de vida eterna.

### § VI.

DEL CARÁCTER PROPIO DEL CONVENCIMIENTO MORAL PRODUCIDO  
POR LA ELOCUCIA.

Hai cierta especie de convicción que puede decirse peculiar de los sermones, y tan indispensable para que con ellos se logre persuadir, que de otra manera solo conseguiriamos excitar movimientos fugaces. Los sofismas de las pasiones son por ventura mas peligrosos que los del entendimiento: estos ceden al exámen, aquellos solo á la conveniencia. Cuando Massillon predicaba su sermón sobre el corto número de los escogidos, se explicaba de esta manera: "¿Qué haria yo, si limitase todo el fruto de esta instruccion á pro-baros únicamente que es mui corto el número de las personas que se salvan? ¡Ah! descubriria el peligro sin enseñar á evitarle, y mostrándoo con el Profeta la cuchilla de la cólera de Dios levantada sobre vosotros, no os ayudaria con esto á preparar el golpe que os amenaza."

"Mi designio pues en este dia es buscar en vuestras costumbres las razones de este número tan pequeño: porque como cada uno se lisonjea con que no será excluido de él, importa mucho examinar si su confianza está bien fundada. Al advertiros de las causas que hacen tan rara la salvacion, no pretendo haceros concluir en general que pocos serán los que se salvan; sino estrecharos á que os preguntéis á vosotros mismos, si viviendo como vivís, podéis aguardar esta suerte: "¿quién soi yo? ¿qué he hecho para el cielo? ¿cuáles pueden ser mis esperanzas eternas?"

He aquí en esta bella introduccion justificado de una manera práctica nuestro pensamiento. Massillon que contaba para componer discursos de este género, no solo con el tesoro de sus conocimientos teológicos, no solo con las luces que sobre él habia derramado la experiencia adquirida en el ejercicio de un ministerio tan augustó; sino con todos los socorros de la arte oratoria, con todos los auxilios de sus

grandes talentos, y con todo el poder de su genio sublime; Massillon que dominaba el puesto sagrado tanto por la autoridad de la doctrina evangélica, cuanto por tener bien conocidas las ventajas é inconvenientes del teatro que ocupaba; sabia sacar siempre del minero inagotable de las grandes virtudes y de los grandes crímenes, de las nobles y felices tendencias hácia el bien, tanto como de la fisonomía siempre variada y siempre deforme de las pasiones, planes grandiosos en que, abrasándose cordialmente la naturaleza con el arte, derramaban todos los atractivos de la novedad sobre las materias mastilladas y los asuntos mas conocidos. Mas no nos admiremos de una cosa fácil de suceder en los insignes literatos á vista del rumbo que toman por lo regular los medianos oradores. Persuadidos unos de que en la elocuencia todo lo hace la convicción, consumen sus vigilias y sus trabajos en demostrar una verdad que nadie les disputa. Por opuesto camino, pero no con mejor éxito, proceden los otros que fastidiados del racionio le destierran absolutamente de la elocuencia, y mientras embelesan á su auditorio con flores estériles, ó le divierten con salesillas ingeniosas, no consiguen mas que servir de diversion á los unos y de fastidio á los otros.

El verdadero orador conviene con el primero, en que la convicción es el alma de la elocuencia; mas por una parte sabe que no se trata en los sermones morales sino de un convencimiento práctico; y leyendo, por explicarnos así, en el corazón de cada uno de sus oyentes, le demuestra, no que debe guardar la lei de Dios, y que el que no la guarda se condena, porque este es el camino real y mui frecuentado de ciertos predicadores; sino que viviendo en lo sucesivo como viven entónces, serán infaliblemente víctimas desgraciadas de la cólera del cielo. Persuadidos por otra parte de que el racionio no basta por sí solo á trasformar el corazón, dirigen principalmente sobre este los rayos de la palabra divina; usan con sabia economía las galas del estilo, el lujo de la dición y los cuadros de una imaginacion rica, y reservan todo su poder para los grandes y terribles movimientos que deciden el verdadero triunfo.